

MISCELÁNEA

PLÁTICA ESCUDERIL

EN RÉPLICA AL ATAQUE DE CLAUDIO GUILLÉN A SÁNCHEZ-ALBORNOZ

En la *Revista Hispánica Moderna*, XXIV, 1958, pp. 217-219, apareció una breve nota del profesor González López titulada *Sánchez-Albornoz ante el enigma histórico de España*. Ninguna crítica se hizo en ella de la obra de Américo Castro. Pero el autor se atrevió a escribir de nuestro maestro: « en este momento, es el historiador más prestigioso y autorizado » de entre los historiadores españoles; y se aventuró a decir: « *España, un enigma histórico* es la primera tentativa seria hecha por un historiador competente, de seguir con mirada inteligente y agudo juicio, la evolución cultural del pueblo español desde sus orígenes en la remotísima prehistoria ». Esas palabras irritaron a Américo Castro. Su cólera fue violentísima. Colmó la medida de la furia que la aparición de *España, un enigma histórico* le había producido. A fin de calmarle, el director de la revista, Ángel del Río, viajó a Princeton para ofrecerle una reparación del agravio de lesa majestad que se le había hecho por el profesor del Hunter College al hacer el elogio de mi maestro. Y Ángel del Río encargó a un discípulo y colaborador de Américo Castro, a Claudio Guillén, que redactara una nota de desagravio. Guillén centró su elogio a Castro en torno al librito *Santiago de España*. Pero tembló ante la ira segura de su maestro y en lugar de limitarse a elogiarle a su gusto, para agradarle se lanzó al ataque desaforado del mío. Le preguntamos si iba a replicarle. Nos dijo: « Voy a contestar a los últimos ataques de Castro en un estudio que titularé *Deshonestidad científica*, pero los caballeros andantes no emplean sus lanzas contra los escuderos. Me consta además — he estado varios meses en Princeton — que Guillén ha calificado en privado a *La realidad histórica de España* de obra de un histérico, y a mi *España, un enigma histórico*, de obra de un historiador. Ahora, en público, ensalza, sin embargo, al autor de la pri-

mera y me maltrata a mí. Me basta para replicarle con hacer público su doble juego ». Pero no nos basta esta declaración. Y por ello una de nosotras toma la pluma, porque la escuela de Sánchez-Albornoz no puede dejar en silencio la embestida. La plática escuderil de las páginas que siguen — dado que « manos blancas no ofenden » — no ha de ser almibarada.

*
* *

En su libro ya famoso sobre *España, un enigma histórico* — cuya primera edición, de muchos miles de ejemplares, se ha agotado en dos años — Sánchez-Albornoz se ha situado frente a quienes hacen de la historia un mero almacén de hechos y ha sostenido que el historiador no sólo ha de investigarlos con cuidado, sino debe comprenderlos e interpretarlos inteligentemente para colaborar en la formación de la conciencia colectiva. A ese fin ha de indagar las inclinaciones anímicas, las reacciones emocionales, las preferencias críticas o valorativas, los impulsos o desdenes y las tensiones o impotencias que singularizan cada comunidad histórica, y ha de completar esa indagación con la búsqueda serena de las causas que han ido provocando y cambiando ese conjunto de proyecciones de la personalidad del grupo humano historiado.

No limita por tanto la tarea del historiador a la investigación de los hechos históricos, pero tampoco la concreta a « ese hacerse el contradiño con valores revivibles », como ha definido Castro la misión de los historiógrafos. « Sin el conocimiento de los hechos — dice Albornoz — es imposible hacer historia, pero no puede historiarse la vida colectiva de un pueblo limitándose a la mera determinación de los valores que han llegado a integrar la textura de un vivir comunal. Porque — añade — ese vivir no es sólo resultado de la intuición y aprisión de una parte del orden real de los valores entre los que transcurre la vida del hombre. Ese descubrimiento y captación penden en sí mismos de las reacciones temperamentales de cada colectividad, cambiantes con el correr del tiempo, por obra del juego de fuerzas que hacen la historia: la textura vital heredada por la comunidad, el incoercible azar y las personalidades de excepción ». Yo no puedo dejar de asentir a esta opinión de mi maestro porque los pueblos no enfrentan y asimilan un día porque sí estos o los otros valores y porque sí no los desatienden y desdeñan después.

De acuerdo con sus teorías historiográficas, para Sánchez-Albornoz el historiar es una empresa delicada y complejísima que abarca muchas aventuras diversas. En un *crescendo* continuado, como diría él, esa

empresa avanza desde la ceñida investigación erudita de los hechos al descubrimiento del conjunto de inclinaciones anímicas, emocionales, vivenciales, críticas ...que en cada etapa del ayer integran la herencia temperamental de la comunidad humana historiada; y termina con el análisis minucioso de los múltiples y encontrados factores que van afirmando o mudando la estructura funcional del pueblo cuyo pasado se estudia; análisis que sintetiza Albornoz en la búsqueda de los porqués del acaecer histórico.

Esas ideas de Sánchez-Albornoz son incompatibles con cualquier concepción estática de la historia. Por ello al mismo tiempo que ha frenado, como él dice, el potro de su imaginación para asentar sus teorías firmemente sobre la realidad fáctica del pasado, escruta siempre con rigor el problema cronológico, que para cualquier historiador está en la base del acaecer histórico, y sólo después va aventurando su interpretación de la historia española tras las búsquedas y análisis antes señalados.

En esa inatacable concepción histórica de Sánchez-Albornoz está la causa de su disentiimiento frente a Américo Castro y la razón de su diferente interpretación de la historia de España. Porque al desdeñar la exhaustiva investigación de los hechos históricos, Castro edifica sus teorías sobre arena; al saltar sobre el proceso temporal del apuntar, madurar y afirmarse de las ideas, los sentimientos, las creencias, las reacciones vitales, las intuiciones y asimilaciones de valores, las tensiones y desdenes... falsea la realidad histórica; y al prescindir del análisis del juego de fuerzas generadoras de la historia y de la nunca interrumpida mudanza de la contextura vital de la agrupación humana cuyo pasado se investiga, renuncia a la tarea esencial del historiador y esquematiza y solidifica la visión del pasado. Porque como afirma Sánchez-Albornoz, ninguna raza y ningún pueblo han tenido *una* peculiar perdurable sensibilidad estática frente a unos determinados valores sino una cambiante sensibilidad frente al orden real de los mismos, según el curso de su historia; y no ha tenido *una* peculiar y perdurable estructura funcional sino que ella ha ido trocándose con el correr del tiempo. Y si ha mostrado prolongada preferencia temporal por algunos valores y ha mantenido inalterable por siglos su contextura ha sido por algo; un algo cuya indagación en función de la cronología no puede permanecer al margen de la tarea esencial del historiar. Como no puede ser ajena a ella, con el mostrar los valores que ha ido descubriendo y captando cada pueblo y las reacciones temperamentales, etc., que le han caracterizado, el demostrar la realidad de los mismos y sus mudanzas en el continuo devenir histórico.

* * *

Lo acertado de esa concepción historiográfica de Sánchez-Albornoz explica la solidez de su *opus magnum* — nadie ha osado enfrentar con rigor sus teorías — y la de sus monografías. Porque Claudio Guillén, formado junto a Castro, bajo su maestrazgo y viviendo a su sombra, no ha sido capaz de reaccionar frente a los métodos historiográficos del mismo, ha sido injusto con mi maestro y ha incurrido en los mismos pecados — empleemos una palabra suave — que el suyo. Quiero decir que, a más de seguir rumbos historiográficos unilaterales y limitados, ha tenido la misma falta de escrúpulos para olvidar la cronología y los hechos históricos y para desfigurar las realidades que le salen al paso, en este caso, las demostraciones de Sánchez-Albornoz que destruyen las fantasías de Castro.

Sánchez-Albornoz *no ha dicho nunca* — y subrayo la negativa —, en ningún lugar de su obra, que lo español estuviera ya forjado en los lejanos días de la Cueva de Altamira. Sólo con mala fe puede afirmarse que haya hablado de la hispanidad de las gentes que adornaron esa caverna famosa. Lo que ha apuntado, y con razón, es que la española tiene hundidas sus raíces más profundas en los más lejanos tiempos en que el hombre puso su pie en España. Lo que no implica sostener que entonces se forjara lo hispánico en un abrir y cerrar de ojos. Sólo con una extremada mala intención pueden dejarse de lado sus repetidas declaraciones sobre la acuñación de una serie sucesiva de estratos de lo español en el curso de los siglos y sus esfuerzos exitosos, en el bucear del lento proceso formativo — de afirmación o de transformación, según las épocas — que ha ido sufriendo lo hispano desde la prehistoria hasta nuestros días. Con ese mismo vituperable propósito Claudio Guillén se ha atrevido a comentar con burla la frase con que Sánchez-Albornoz presenta el indumento de la Dama de Elche prefigurando mantos, peinados y adornos femeniles levantinos modernos. Se ha atrevido a anotarla así: « ¡ Conmovedora mantilla goyesca ! », como si Albornoz hubiera aludido a ella y no a las alhajas, rodetes, et., de las campesinas españolas de Levante y de otras regiones.

Si el leal escudero de Castro conociese la historia del vestido y de las joyas españolas y de otras muchas características del vivir hispano, no se habría atrevido a escandalizarse o a fingir que se escandalizaba, ante la exacta afirmación de Albornoz. Le sugiero que busque en la Biblioteca de Princeton una reproducción de la estela de Clunia. En ella hallará a un jinete alanceando a un toro en forma que, hace alrededor de 2000 años, prefigura — como diría mi maestro — a los rejoneadores andaluces de hoy. Le recomiendo que relea los epigramas de Marcial en que, como

ha notado Sánchez-Albornoz, se da noticia de gestos que todavía hacen los españoles. Y sin esfuerzo puede comprobar el mismo gusto barroco por ajorcas y filigranas de las sacerdotisas o princesas ibéricas de algunos siglos antes de Cristo, en las actuales campesinas de Salamanca y de Toledo, por ejemplo, fieles aún a milenarios ornamentos femeninos¹. A propósito de las frases con que Albornoz comenta el busto de la Dama de Elche, Guillén se ha atrevido a escribir: « Ante semejantes declaraciones se amotina el sentido común ». Después de probar lo erróneo de su apostilla me permito decirle que lo que se amotina es la historia de España ante la ignorancia que muestra de ella al servicio de su loa escudril a Castro.

Sánchez-Albornoz no ha dado ningún salto de garrocha a través de los siglos ni en la frase con que anota la fotografía de la Dama de Elche, ni en ningún otro lugar de su libro, porque es un maníaco de la cronología y le pido que me perdone el calificativo. Por eso sin rechazar a priori la posible vida en estado de latencia de instituciones, ideas, creencias, formas literarias ..., procura controlar la posibilidad de esa vida inasequible y secreta. Y para admitirla requiere como condición previa: que haya indicios firmes de la existencia de una posible matriz remota del habla, la forma poética, la fe, la institución que se supone viviendo en estado de latencia; que sea hacedero establecer enlace entre éstas y su posible lejana raíz; y que no existan textos precisos que nieguen o contradigan esa vida, en prolongado silencio documental, de la figura jurídica, la idea, la creencia, la forma lingüística, ... que tardíamente aparecen a la luz de la historia.

Porque esas reservas de Sánchez-Albornoz son inobjetables, es vano el alegato de Guillén de la vida en estado de latencia de las hablas románicas, del derecho visigodo, de la épica castellana ... para concluir que también pudo vivir en ese misterioso y silencioso estado el culto al Santiago *Miles Christi*; y ello en apoyo de la teoría de Castro sobre el origen dioscórico de la devoción jacobea, por el P. Pérez Urbel calificada de grotesca y por Albornoz de peregrina, es decir, de absurda.

Y es inútil el alegato de esas vidas en estado de latencia, porque en los tres casos, y en todos los otros similares que Guillén pudiera señalar existe una segura y evidente remota matriz, es posible rastrear un proceso genético normal y no sólo ningún documento se alza contra esa vida silenciosa, algunos, y a veces muchos, la comprueban. Por lo que hace

¹ Guillén puede comprobar fácilmente mis afirmaciones acudiendo a las páginas de una obra muy difundida de José Ortiz Echagüe: *España. Tipos y trajes*.

a las lenguas románicas bastará con remitir a los *Orígenes del español* de Menéndez Pidal. Sánchez-Albornoz acaba de inquirir en *Tradición y derecho visigodos en León y Castilla* cómo pudieron perdurar — y de probar documentalmen- te que en verdad perduraron — las instituciones godas de origen germánico. Y el mismo maestro de maestros Menéndez Pidal ha demostrado la vida latente de la épica medieval ultra y cispirenaica ; últimamente la del Cantar de Rolando.

No es en cambio posible rastrear la existencia de una remota devoción dioscórida en Galicia que nos autorice a remontar hasta ella al culto jacobeo ; es imposible no ya fijar, ni siquiera adivinar el lógico enlace que pudo llevar desde la veneración a los hijos de Júpiter a la del apóstol Jacobo ; y existen numerosos testimonios narrativos y documentales y entre ellos algunos de seguro origen popular — los Anales Castellanos y el Cronicón Iriense — que autorizan a negar rotundamente la existencia de la fe en el Santiago Caballero de Cristo, hasta comienzos del siglo XII. Es, por tanto, evidente que no existió en estado de latencia la devoción al *Jacobus Miles Christi*, triunfante en la baja Edad Media.

Son firmes las conclusiones a que ha llegado Sánchez-Albornoz en su monografía eruditísima *El culto de Santiago no deriva del mito dioscórido*. Claudio Guillén la califica despectivamente de ensayo, para equipararla con las publicaciones habituales de su maestro. Pero quienes la hayan leído habrán podido apreciar el enorme caudal de crónicas, anales, documentos, inscripciones, ... manejado por el mío. Ningún material histórico disponible ha dejado de lado y lo ha examinado con extraordinario rigor científico.

Claudio Guillén desfigura de propósito las ideas básicas de mi maestro cuando escribe : « Sostiene Sánchez-Albornoz, sobre todo, que en su inicio remoto la devoción galaica a Santiago no tuvo la más mínima dimensión bélica » y que por tanto « ...Santiago fue hechura de España y no España obra de Santiago ». Las dos frases son en verdad de Albornoz pero están separadas por más de cuarenta páginas en la monografía de donde proceden y la última es título resumen del largo capítulo que dedica a estudiar la función del culto jacobeo en la historia española. Los lectores de Castro estamos acostumbrados a esas mixitificaciones. Guillén ha resultado un excelente discípulo. Irrita su osadía al suprimir como por arte de prestidigitación toda la teoría de mi maestro para hacerle decir una necedad. La honestidad científica de Sánchez-Albornoz y de sus dos escuelas de España y de la Argentina le ha impedido y nos impide realizar maniobras similares.

En las páginas que dedica a la loa de Castro realiza otros varios jue-

gos malabares parecidos. Se atreve a escribir: « Sánchez-Albornoz supone que [Ibn Ḥayyān] recibiría sus noticias, [sobre el culto de Santiago] por fuerza orales, de los cristianos de allende el Pirineo ». Y, para recalcar más aún la supuesta absurda afirmación de mi maestro añade: « Pero en Córdoba residían muchos mozárabes... »

Otra vez se ha permitido Guillén desfigurar las palabras de Albornoz. Al alegar el testimonio de Ibn Ḥayyān sobre los dichos de los cristianos acerca de la pretendida fraternidad de Jesús y del Santiago enterrado en Compostela, Sánchez-Albornoz afirma que, dado el bilingüismo de los musulmanes españoles, el gran historiador cordobés pudo « platicar con los cristianos andaluces, sus coterráneos y vecinos. *Y de ellos pudo tomar sus noticias sobre Santiago* ». Lo que mi maestro sostiene, siguiendo a Abadal (*La batalla del adopcionismo*), Pérez de Úrbel (*El antifonario de León y el culto de Santiago*) y Fábregas (*Pasionario hispánico*), es que, esos mozárabes andaluces prestaban más atención a los cristianos ultrapirenaicos que a los cristianos del noroeste hispano; y nadie puede dudar hoy de esa realidad después de las pruebas alegadas por los tres autores ahora citados, pruebas aceptadas por el arabista español García Gómez. « De los cristianos de allende el Pirineo — escribe Albornoz — pudieron recibir los de Al-Ándalus la vacilante indiferenciación de los dos Santiagos » que luego recogió Ibn Ḥayyān; y apoya su tesis sobre el desconocimiento por éste de las cosas de Galicia, en sus errores sobre la historia asturleonesa, errores que acreditan su escasa vinculación con la cristiandad libre de España. En vano alega Guillén para contradecir esta realidad las palabras de Barrau-Dihigo sobre los contactos de la mozarabía toledana con los cristianos del noroeste a fines del siglo VIII, porque Toledo sí mantuvo relaciones con el reino asturleonés; las ha estudiado precisamente Sánchez-Albornoz en dos monografías: *La batalla del Guadacelete* y *Alfonso III y el particularismo castellano*. Pero Toledo vivió rebelde durante siglos frente a Córdoba y constituía un reino independiente cuando, en la antigua capital del califato, Ibn Ḥayyān escribió su *Al-Muqtabis*. Y Barrau-Dihigo, que sabía todo esto muy bien, no escribió nunca que los mozárabes andaluces, coterráneos del gran historiador cordobés, mantuvieran contactos con Galicia. Otra vez debo declarar que la honestidad científica de Sánchez-Albornoz y de sus discípulos no nos ha permitido realizar torpes maniobras parecidas.

La comprobación de estos *poco escrupulosos métodos de trabajo* — quiero emplear un eufemismo — me ahorraría detenerme en la réplica a Guillén, pero Sánchez-Albornoz nos ha enseñado a no lanzar excomuniones sino a formular críticas ceñidas.

*
* *

Guillén elogia a Castro por haber mostrado cómo « un limitado fenómeno cultural — el culto jacobeo — es susceptible de iluminar toda la disposición vital de un pueblo ». Con tales palabras acredita su desconocimiento de la complejísima trama de la historia. Porque ningún limitado fenómeno cultural ilumina sino una porción mínima de la disposición vital de un pueblo. Ese error está en la base de la desmesura con que Castro y Guillén, siempre a la zaga de su señor de vasallaje, — su « señor mano besada » como dirían los españoles medievales — juzgan de las consecuencias del culto de Santiago en la historia de España. Fracasa por tanto el esfuerzo de Castro por « fijar los rasgos estructurales » de la creencia, como había fracasado su esfuerzo por probar el dioscurismo de la devoción al *Miles Christi*.

« Frente a la falta de documentos acerca de la época inicial, (del culto jacobeo) — escribe Guillén — no hay más remedio que asentir a la explicación más razonable. Más convincente es aceptar la validez de un paralelismo entre la existencia de los españoles del siglo ix y la del xi, que no suponer una mutación por generación espontánea, en lo que toca a la fe en Santiago guerrero, en período tardío ». Ningún historiador riguroso se habría atrevido a pensar que en tres siglos no cambió nada en la religiosidad jacobea. Cualquier historiador cuenta con el inexorable cambiar de los procesos culturales. Si aceptáramos la tesis de Guillén podríamos suponer en estado de latencia al Renacimiento en el siglo xii, al Iluminismo en el xv y al Liberalismo en el xvi.

Guillén ha resultado un magnífico discípulo de Castro en el saltar a la garrocha las mudanzas históricas. Pero su errada teoría parte además de una afirmación errónea: la falta de documentos. Los hay abundantísimos de los siglos ix, x y xi y ellos — crónicas, anales, diplomas... — acreditan al unísono que el culto de Santiago *no tuvo* en su inicio ninguna dimensión bélica. La prueba de mi maestro es irrefutable. Estoy segura de que nadie podrá deshacer el valor de los materiales históricos por él alegados y su científica utilización de los mismos. Y ni Guillén se ha atrevido ni se atreverá al análisis ceñido de la lógica y firme construcción teórica de Sánchez-Albornoz sobre el origen del culto de Santiago.

Irrita el intento de Guillén de confundir ante el lector desprevenido la piadosa demanda de protección al Apóstol de Cristo con la creencia en la intervención del mismo como jinete celestial en los combates. No surgió esa fe, además, por generación espontánea sino como lógica y

explicable personalización de la celeste ayuda jacobea a los cristianos. Albornoiz la ha explicado por influencia de las lecturas de los *Comentarios al Apocalipsis* por Beato de Liébana, el libro más leído e ilustrado en León y Castilla durante los siglos ix al xii. Guillén se opone a tal idea porque el jinete montado en un caballo blanco que, en la visión apocalíptica, desciende a la tierra a combatir a los reyes de la misma, es el Verbo Encarnado. Pero Guillén no piensa que, si los cristianos españoles esperaban que el Verbo bajase al mundo a pelear cabalgando sobre un blanco corcel, bien pudieron un día pensar que antes podría haber bajado al mundo, Santiago como *Miles Christi*. Un día muy tardío, cuando los cristianos llevaban tres siglos solicitando la intercesión del Apóstol en sus empresas bélicas — contra los moros o contra los rebeldes — o para obtener el perdón de sus pecados y la eterna salvación.

Y como Guillén no puede deshacer la férrea argumentación con que mi maestro ha probado estos hechos, tiene que hacer equilibrios en el alambre para disimular su falta de serios alegatos contra ella. Y después de querer dar gato por liebre al invocar el testimonio de Ibn Hayyān, que no hace la menor alusión al Santiago caballero, y de citar sólo noticias literarias o artísticas de la segunda mitad del siglo xii, cuatrocientos años posteriores al origen del culto jacobeo, — dos nuevas pruebas de su falta de honestidad científica — convencido de que defiende una causa perdida — acaba diciendo que la cronología no tiene importancia frente al culto de Santiago — como queda dicho, por ese camino podríamos negar importancia al curso temporal de cualquier proceso de cultura — y que no la tiene tampoco el que los cristianos creyeran o no a Santiago caballero y por los aires². « La presencia de Santiago — dice al cabo — en el espíritu de los españoles, es, para nuestros fines, lo principal ». « Para tal viaje no se necesitaban alforjas », habría dicho Sancho. O, lo que es igual, para concluir escribiendo esas palabras habría podido ahorrarse la defensa del origen dioscórico del culto de Santiago y las burlas injuriosas a Sánchez-Albornoz.

Por una vez estamos sin embargo de acuerdo con Guillén: lo esencial en el problema jacobeo es la eficacia del culto de Santiago en la historia

² Guillén silencia cuidadosamente que Castro todavía escribió en *Santiago de España*: « El Apóstol de Cristo surge ahora provisto, de un caballo blanco y de mortífera espada » y « En un remoto extremo de la tierra dominada por los musulmanes aparecía el cuerpo de un apóstol provisto de una dimensión bélica sin nada en los Evangelios que la justificase ». Al escribir Guillén lo copiado arriba, muy disimuladamente reconoce la validez de los alegatos de Sánchez-Albornoz contra las caprichosas afirmaciones de Castro acerca de la dimensión bélica inicial del culto jacobeo.

española. Guillén quiere exculpar a su maestro de la acusación del mío de haber fantaseado sobre esa eficacia. Pero no lo logra. Sánchez-Albornoz ha reproducido algunas de las desmesuradas palabras de Castro : « La refulgente espada del Apóstol desvaneció la noción de jerarquía » ... « porque el rey y el último siervo sustentaban su valer menos en ellos mismos que en el poder astral y divino que les abarcaba a ambos ». « Reyes, clérigos y pueblos no pensaban que hubiesen de hacer algo por sí mismos, mientras confiaban en la espada invictísima del patrón de España ». « La creencia en la virtud «ex-machina» del Apóstol permitió existir a Castilla y León ». « A Santiago se debe el lento y tortuoso esfuerzo de la Reconquista y la grandeza perdurable de cuanto se creó en la Península Ibérica ». « De él procede la reacción valiosa de quienes sintieron que tal vivir era un no vivir ». ¿ No le parecen a Guillén excesivos esos milagros retóricos que Castro atribuye a la refulgente e invictísima espada de Santiago ? Me viene a la memoria la hiperbólica frase del poeta islamita sevillano, de raza y temperamento hispanos, Ibn Quzmān : « Cuando meto la mano en el río / se sale de madre ». Américo Castro ha metido su mano en el río jacobeo y se ha salido de madre.

Siguen siendo válidas las palabras de Albornoz sobre la realidad y eficacia del culto de Santiago, palabras que Guillén se ha cuidado de callar : « La forja y el triunfo de la devoción a Santiago fueron consecuencia de la apretada situación en que se hallaron los cristianos frente a los musulmanes durante los siglos ix y x. El culto del Apóstol fue una poderosa fuerza galvanizadora de la resistencia de la cristiandad del noroeste hispano frente al Islam, del siglo ix en adelante. Y las peregrinaciones a Compostela sirvieron de maravilloso vínculo de enlace de España con Europa de los siglos x al xiii ».

Y una observación al margen. Guillén ignora que Sánchez-Albornoz es quien mejor conoce en el mundo la historia del reino de Asturias. Lleva casi cuarenta años estudiándola. En 1922 le dieron el Premio Nacional Covadonga por su libro sobre el tema. Ha publicado, además, muchas monografías sobre diversos problemas de esa historia. Pronto aparecerá su obra en conjunto. Y no pueden discutirse sus afirmaciones sobre lo ocurrido en España en el siglo viii. Cuando él acusó a Américo Castro de ignorar la historia de ese siglo tenía razón y es inútil que Guillén haga equilibrios para intentar levantar la acusación de mi maestro. La abonan acordes las crónicas latinas y arábigas.

Ante la imposibilidad de contradecir, como es obligado en cualquier estudioso honesto, las conclusiones de Sánchez-Albornoz, Guillén se va por las ramas, como suele decirse, y procura negar otras afirmaciones de mi maestro. Por ejemplo, la españolía de los musulmanes de Al-Ándalus. Pero ¿qué podían ser sino hispanos los millones de peninsulares convertidos al Islam? He dedicado este año un curso a « Lo premuslim en la España musulmana »; he analizado problemas y textos y no puedo dudar de la realidad de la tesis de Albornoz. Quien estudie al pormenor la cuestión tampoco dudará. Pero ni siquiera es ello necesario. Bastará con asomarse a la historia de América. ¿Quién se atreverá a considerar españoles a los indios de México o del Perú durante los siglos xvi al xviii? ¿Quién a negar que conservaron su herencia temperamental por bajo de su superestructura hispano-cristiana? Pues ese fue el caso de los peninsulares durante los siglos que siguieron a la conquista islámica. Es inútil que Castro y Guillén quieran escamotear este problema. Y no hace Guillén sino demostrar otra vez mala fe al pretender que Albornoz basa simplemente su tesis — perfectamente demostrada — en el sentimiento del honor que aparece en *El Collar de la Paloma* de Ibn Hæzm.

Guillén se escandaliza ante los razonados enlaces establecidos por Sánchez-Albornoz entre rasgos de los españoles primitivos y de los medievales y modernos. Nuevamente muestra sus incongruencias metodológicas al servicio de su escuderil pleitesía a Castro, y lo que es más grave, su desconocimiento de la historia de España. Acepta que las apariciones dioscóridas, las más tardías de principios de nuestra Era, no obstante la ninguna devoción de los hispanos a Cástor y Pólux — tres inscripciones entre siete mil — y a pesar del absoluto silencio de los textos, toman cuerpo mil doscientos años después, en tiempos de Berceo. Y le asombra, en cambio, que el realismo de los peninsulares anteriores a Cristo, manifiesto en la escultura ibérica, se prolongue en el de los españoles de los siglos medievales; y que el gusto por la guerra mostrado por los vetones y por las otras tribus hispanas en su lucha contra Roma, anuncie el de los conquistadores de América.

No ha de darse por vencido pero debo recordarle que es posible establecer enlaces entre el realismo ibérico y el de almas, cuerpos y cosas de las letras hispanas medievales. Median entre ellos el de las esculturas hispano-romanas, siglos posteriores a nuestra Era; el de muchas miniaturas de los Beatos, de los siglos ix al xi, el de las pinturas murales del Panteón real de San Isidoro de León, de mediados del xi. Y entre el coraje de los primitivos españoles y el de los conquistadores no hubo ningún hiato. Mostraron el mismo gusto y el mismo heroísmo: las

tribus del norte de España al luchar contra los visigodos; los mozárabes y los muladíes al mantener durante el siglo ix una violenta pugna nacionalista contra los orientales, sus dominadores — en ningún país islamita existió ninguna resistencia parecida — y los cristianos del norte de España al pelear durante centurias contra islamitas españoles y africanos. El enlace entre la vieja estructura funcional de los españoles anteriores a Cristo y la de los españoles de la Edad Media ha sido estudiado despaciosa y exhaustivamente por mi maestro en más de un centenar de páginas que nadie ha anulado y que nadie podrá anular científicamente. La historia española sería incomprensible sin la prolongación del talante primitivo en los siglos medievales. Y Guillén ignora además que Menéndez Pidal³ piensa del mismo modo que Sánchez-Albornoz respecto a esa prolongación.

Influido, sin embargo, por la oposición de Castro a reconocer raíces de primitiva españolía a muchos rasgos de la contextura temperamental de los hispanos — o forzado a fingir adhesión a esa negativa — Claudio Guillén escribe: «...no puedo imaginarme criterio alguno de la razón — sentido común o rigor científico — que no se escandalice... Nos encontramos ante la más fantasmal hipótesis, y ante el género de afirmación en que las palabras, por rebasar desafortadamente las fronteras de su sentido cabal, dejan de significar algo»⁴. Son tan *desafortadas* estas palabras de Guillén que permiten adivinar un trémolo de insinceridad provocado por el miedo a las iras jupiterinas de Castro. Cuando Guillén aprenda historia de España, historia del arte español y metodología histórica, lea a Menéndez Pidal, se entere de que Schlunk encuentra en el arte visigodo del siglo vii elementos arquitectónicos hispanos prerromanos y de que Neuss halla en las miniaturas de algunos Beatos de los siglos x y xi huellas del arte ibérico⁵ y se pare a pensar cómo no pudo nacer el realismo español durante la etapa de enfrentamiento con lo islámico en el solar peninsular, no se le va a caer la venda de los ojos, se va a tener que operar de cataratas.

³ Guillén escribe en tono de burla: «¿Lucano, paisano de Juan de Mena?» Albornoz no ha hablado de ese paisanaje. Quien enlaza a Lucano con los poetas españoles es Menéndez Pidal en sus estudios sobre la epopeya castellana.

⁴ Al hablar así, Guillén extiende su excomunión contra Menéndez Pidal, que ha mantenido siempre la misma «fantasmal hipótesis» que él atribuye a Albornoz.

⁵ Me refiero a la obra de SCHLUNK, *Arte visigodo, Ars Hispaniae*, II; y a la de NEUSS, *Die Apokalypse des Hl Johannes in der altspanischen und altchristlichen Bibel-Illustration. Spanische Forschungen der Görresgesellschaft. Zweite Reihe*, 2 und 3 Band, 1931. «Hay elementos decorativos en los Beatos — escribe — y muy especialmente en G (el B. de Gerona) que sorprenden por su semejanza con elementos del arte ibérico prehistórico».

Como ni Castro ni Guillén pueden enfrentar y discutir científicamente las teorías de Sánchez-Albornoz ⁶ recorren su obra en busca de errores y alzan la voz y provocan una ensordecedora algarabía cada vez que creen haber hallado uno. Eso ha ocurrido ante la noticia de mi maestro: « Trajano tenía un fuerte acento andaluz ». Castro se ha escandalizado dos veces ante esa frase y siguiéndole — y ¿cómo no? — se escandaliza también Guillén, como si Sánchez-Albornoz hubiese supuesto a Trajano hablando con el acento de los toreros o de las bailarinas andaluzas de nuestros días. ¿Pueden, en verdad, imaginar a mi maestro tan ignorante como para suponer que en el siglo I de Cristo se hablaba el andaluz de hoy? Sus aspavientos son muestras claras de su mala fe y de la imposibilidad de combatir seriamente las conclusiones de Sánchez-Albornoz sobre el pasado de España. ¿Quién honestamente puede interpretar sus palabras sino como una alusión al acento hispánico-bético del emperador? En el que, naturalmente, cualquier filólogo habrá de reconocer que ya habría algunas raíces del andalusí de la España islámica y del andaluz de la España cristiana ⁷.

*
* *

No quiero seguir el ejemplo de Guillén y no he de cantar loas a mi maestro deteniéndome a elogiar la agudeza de su visión histórica, su capacidad creadora, su profundo razonar, su inmenso saber, la originalidad de sus conclusiones sobre los temas por él estudiados, la belleza de su prosa ... — esas loas carecerían de valor al salir de mi pluma ⁸ —

⁶ Como gato sobre brasas ha pasado Guillén, por ejemplo, sobre el problema de la demostración plena e irrefutable de Sánchez-Albornoz de que la sensibilidad religiosa de los peninsulares durante la época visigoda era ya pareja de la que mostraron los hombres de la Reconquista. Hubo de obviar la cuestión al no encontrar atajo alguno para negar esa realidad. Pero ¿cómo se atreve, luego, a afirmar que desde antes del 711 « puede ser que perduren usos jurídicos, normas familiares y otras instituciones germánicas »? Perduró íntegramente la herencia temperamental hispana acuífada en milenios. Y ni Castro ni Guillén ni nadie podrá demostrar que no ocurrió así.

⁷ Lo sorprendente es que ni Castro ni Guillén han reparado en el auténtico error de Albornoz. En efecto, mi maestro al seguir la teoría tradicional recoge el error de todos. Pero no era Trajano sino Adriano quien hablaba con acento provincial. La cita la encontramos en: AELIUS SPARTIANUS, *De vita Hadriani*, III, 1.

⁸ A las palabras del profesor González López sobre mi maestro, citadas al comienzo de estas páginas, puedo añadir aquí las recientes de Amédée Mas sobre *España, un enigma histórico*. « C'est l'ouvrage d'un historien, mais aussi d'un philosophe, d'un psychologue et d'un ardent patriote ». Y después de reseñar su contenido escribe: « L'analyse est impuissante à rendre compte de l'infinie richesse d'un tel ouvrage. On ne peut qu'indiquer les perspectives, les directions principales, le mouvement d'ensemble, l'élan créateur, (*Bulletin Hispanique*, LXI, pp. 294 y 301).

ni he de apostillar las endechas, a veces barrocas, que Guillén dirige a Castro. Imagino el enojo y las broncas expresiones que asomarian a los labios de Sánchez-Albornoz si alguno de sus discípulos se atreviera a llamarle « Pastor de valores », como Guillén califica al autor del librito polémico « Santiago de España ». Pero no puedo dejar en silencio estas palabras del leal escudero de Castro: « Erudito católico ... Con afán cognoscitivo pero sin dudas metódicas, Sánchez-Albornoz, persigue verdades, pero no aspira a la verdad ... El historiador providencialista — si no a lo Bossuet, a lo Manzoni — contempla la « mágica espiral » o « sinfonía » de la historia. Su fe le ahorra perplejidades, por una parte, acerca de la consistencia o validez de los materiales históricos; e impone límites, por otra, a su posible ansia de verdad y certidumbre humanas ».

¿ Pero por qué escribir de lo que no se sabe? Hace meses Araquistain, un periodista que se creía capaz de dogmatizar sobre historia sin conocer crónicas, anales, memorias, documentos, ... y sin aventurarse a hacer ninguna investigación de primera mano, manipulando simplemente a capricho lo escrito por los historiadores, se atrevió a decir en *Cuadernos del Congreso para la libertad de la cultura* que Sánchez-Albornoz no había escrito sino ensayos sobre historia medieval. Desconocía la larga serie de obras y de monografías por él publicadas; estudios rigurosamente científicos en los que utiliza exhaustivamente todos los textos narrativos, eclesiásticos, jurídicos, documentales, literarios latinos y arábigos disponibles. Sus discípulos hemos reseñado ese centenar de obras y monografías en la *Bibliografía crítica* que le ofrecimos con ocasión de sus cuarenta años de docencia universitaria. Guillén las desconoce también. Si no, no hubiese escrito lo que ha escrito.

« Su fe le ahorra perplejidades sobre la consistencia o validez de los materiales históricos ». Pocas frases más absurdas pueden leerse. ¿ Qué puede tener que ver la fe de un historiador con su rigor científico? Pero, además, sólo Menéndez Pidal le iguala, — no le supera — en preocupación por el análisis científico de los materiales históricos. Antes de redactar su obra sobre los *Orígenes de la nación española* ha dado a la estampa una serie de ceñidos estudios sobre las crónicas y los documentos utilizables para trazar la historia de esa lejana etapa del pasado de España. Se decidió un día a contradecir la tesis del gran historiador alemán Brunner que hacía nacer el feudalismo como resultado de los pretendidos cambios que impuso, en la Francia de los primeros carolingios, la entrada en ella de la supuesta caballería musulmana. Y sus *perplejidades sobre los materiales históricos* disponibles le indujeron a escribir dos largos libros sobre dos textos hispano-árabes: *El Ajbār Machmū'a* y el *Ta'riḡ*

Mulūq Al-Andalus de Aḥmad al-Rāzī y a dedicar en su obra *En torno a los orígenes del feudalismo*, el tomo segundo — el más extenso — a las *Fuentes de la historia hispano-musulmana del siglo VIII*. Y así ha hecho siempre, naturalmente, también al escribir su *España, un enigma histórico* en la que jamás ha incurrido en el pecado frecuentemente cometido por Castro, al fundar teorías revolucionarias sobre la historia de España basándose en una frase única de un autor musulmán, persa o afgano, o en la única frase de un autor español varios siglos posterior al tema estudiado. Ni una sola transgresión metodológica similar podría señalarse en la obra de mi maestro.

Y aunque mi insistencia irrite a los lectores quiero decir a Guillén que, para cantar loas más o menos insinceras a Castro, no tiene derecho a desfigurar la actitud historiográfica de Sánchez-Albornoz. ¡Qué mi maestro persigue verdades, pero no busca la verdad mientras es el suyo quien se consagra a ella! Tengo ya colmada mi capacidad de asombro. Américo Castro se ha asomado a unas pocas verdades de la historia española y las ha enfrentado con el desenfado del ensayista; él mismo declara en *La realidad histórica de España* (p. 612) que no se puede pedir rigor de exactitud a las teorías lanzadas en su obra. Y Albornoz ha buscado hasta con angustia la verdad total de la historia hispana, abarcando en su investigación cuantos temas pueden salir al paso de un historiador, y estudiándolos desde los tiempos más lejanos hasta que queda forjada la estructura funcional de la España contemporánea. Y de tal modo ha buscado con pasión la verdad, que ha ido señalando a cada paso los temas del pasado español que están aún mal estudiados. Mientras Castro juzga que con sus elucubraciones basta y sobra para conocer a España, Albornoz ha incitado a los estudiosos a examinar multitud de cuestiones cuya investigación es precisa para conocer la verdad de la historia española. Mi compañero Guillermo L. Guitarte reunió esas incitaciones al leer y anotar el *opus magnum* de Sánchez-Albornoz. Las publico como apéndice. Si alguien hubiera podido dejarse convencer por los juicios que Guillén ha estampado desenfadadamente, en esos pasajes de *España, un enigma histórico* podrá comprobar hasta dónde llega la devoción de mi maestro por la Verdad. Y leyendo los primeros capítulos de su obra — y en el curso de ella — podrá comprobar que el cristianismo de Sánchez-Albornoz no le ha inhibido para decir siempre la verdad, incluso contra la misma Iglesia; hallará muchas pruebas de su profunda confianza en la acción decisiva de la razón humana para el conocimiento de la realidad histórica y cómo opina que el católico debe enfrentar con ella incluso lo sobrenatural.

*
* *

Las obras de Castro y de Sánchez-Albornoz no son complementarias, como Guillén pretende, son contradictorias. Las distintas disciplinas que cultivan los dos no habrían bastado a enfrentarlas. Si los dos se hubiesen movido dentro de los cánones estrictos de la creación histórica, aunque hubieran enfocado cada uno el pasado de España desde perspectivas distintas, su doble visión se había en verdad complementado. No habría importado demasiado que cada cual hubiese puesto la meta de su esfuerzo en temas distintos ni siquiera que hubieran tenido concepciones historiográficas diversas. Sus diferencias habrían sido fecundas para el conocimiento de la historia española. Pero la realidad es otra. No es posible avenir las teorías de Albornoz y de Castro porque las de éste están dañadas *ab origine*, no por la especialidad que cultiva, ni por lo singular de sus perspectivas historiográficas, sino por sus equivocados métodos de trabajo y por no haber sabido frenar su fantasía desbordante.

Esas torpezas metodológicas y esos desbordes de su imaginación, señaladas por Sánchez-Albornoz al pormenor, son fruto, como éste ha demostrado, de las fallas temperamentales de Castro: su pasión y su subjetivismo conjugados con su orgullo y su ilimitada fe en sí mismo⁹. Cualquiera de los historiadores que han revolucionado la historia de un hombre, de un pueblo, de una sociedad, de una cultura, han aliado sus teorías historiográficas novedosas con un rigor extremo en la investigación. Porque Castro no ha hecho otro tanto, aunque sus ideas sobre la

⁹ Aunque Sánchez-Albornoz se propone contestar a Castro no puedo menos de señalar aquí, como apostilla de lo dicho arriba, el último fruto de esas fallas temperamentales. En su obstinación por defender su teoría sobre el nacimiento de lo español después de la invasión islámica ha llegado a sostener en su último librito *Origen, ser y existir de los españoles* que cuantos sucesos ocurrieron en la Península antes del 711 caen fuera de la historia de España. Numancia, Viriato, etc., no podrían ser calificados de sucesos históricos hispanos. Según Castro, integrarían la historia de Roma, como otros hechos históricos acaecidos en el solar español, integrarían la historia de Cartago o la germánica. Es difícil ir más lejos en el camino de las aberraciones. Con la misma razón, es decir, sin razón deberíamos excluir, por ejemplo, de la historia de España las batallas de Covadonga y de las Navas y las gestas del Cid que serían sólo episodios de la historia del califato de Damasco o de los imperios almorávide o almohade. ¿Cabe una prueba más precisa del subjetivismo y de la pasión ahistórica de quien pretende definir la historia española? Porque, como dice mi maestro, si hay diferencias entre Viriato y el Cid, no las hay menores entre las Navas y Bailén y entre Alfonso VIII y Fernando VII; y es en cambio fácil establecer el parentesco que une a los que lucharon en Numancia contra Roma con quienes pelearon en Zaragoza contra los ejércitos franceses y a Viriato con el Empecinado.

historia fuesen magníficas — Albornoz se ha encargado de demostrar sus yerros — siempre habría fracasado, porque no ha sido riguroso en la acumulación y en la crítica de los materiales. Por ello sus conclusiones históricas, salvo muy menudos aciertos, son *radicalmente* equivocadas, según ha probado mi maestro. Y es seguro que serán definitivamente arrumbadas por los historiadores ¹⁰. Quienes no lo son y no pueden juzgar de los tremendos errores y de las desorbitadas fantasías de Castro, leen su libro con agrado e interés y le otorgan adhesión. Los conocedores del pasado están unánimes frente a las dos obras de Castro: frente a *España en su historia* y a *La realidad histórica de España*. Y digo dos obras porque el mismo Castro desdeñó y cambió sus primeras teorías a los pocos años de haberlas impreso. Ese cambio implica una muda confesión de que él mismo reconocía lo inmaduro de sus tesis.

Insisto en afirmar que las obras de mi maestro y del maestro de Guillén no son complementarias. Nos hallamos frente a una verdadera novela de la historia española — la de Castro — y a una exposición rigurosa y puntual de la lenta forja de lo hispano, realizada con audacia novedosa pero también con extremada prudencia — la de Sánchez-Albornoz.

*
* *

Y aunque pudiera proseguir aún la plática escuderil, basta por ahora. Sólo unas palabras finales. Desde la Argentina no vemos a España sin salida hacia el mañana, ni la ven así los españoles liberales que conviven con nosotros. Ni ellos ni nosotros desconocemos la gravedad de las horas presentes para el porvenir de Europa y del mundo, pero no pensamos que « el vivir sea una ansiedad por ser, porque el futuro se haga presente, y temor a la nada » como Guillén afirma que creen Castro y él. No tememos a la nada, confiamos en que el hombre modelará su próximo mañana, y estamos seguros de que será mejor que hoy, como el hoy ha

¹⁰ A la serie de los estudiosos que han reconocido la derrota de Castro por Sánchez-Albornoz podemos añadir el nombre del hispanista francés Amédée Mas. Con la cortesía y agilidad mental de los escritores de su patria acaba de decir: « L'attaque des positions de Castro est appuyée par une artillerie formidable. Attendons cependant: il serait bien surprenant que, de la forteresse *castrense*, si sévèrement pilonnée aujourd'hui, ne vienne pas bientôt une riposte que remette en question le sort de la bataille » (*Bulletin Hispanique*, LXI, p. 302). ¿Cabe manera más cortés de presentar a Castro vencido? Por mi parte me permito esperar tranquila esa respuesta que podría restablecer el equilibrio de la lucha. Científicamente, no puede venir. Aparecerán tal vez nuevas páginas castrenses y guillenescas contra mi maestro, pero no serán más sólidas que las criticadas.

sido mejor que el ayer, a lo menos, como ha señalado mi maestro, para cada vez mayor número de hombres. Y no pensamos que el angustiado historiador deba « rescatar el ser del pasado y hacerlo presente ». Queremos que la historia conozca el ayer para poder mejorar el futuro. Y porque estamos familiarizados con los resultados del « inexorable correr del tiempo », imprevisibles pero irrefenables, y — según diría Sánchez-Albornoz — no padecemos de la miopía de quienes se impacientan ante un hoy que encuentran demasiado largo, creemos que España y América tienen una salida hacia el mañana, pese a todos los gemidos desesperanzados de quienes, al lanzarlos al aire acreditan que, maravillosos ensayistas, carecen del sentido de la historia.

Ni Sánchez-Albornoz ni su escuela, enfrentan con angustia los instantes finales de la vida. No tememos como Castro llegar a ser señoreados por las gusaneras y el viento. Porque creemos que el espíritu escapa siempre a su señorío, en la vida perdurable del Trasmundo e incluso en la vida terrenal perecedera, si durante la nuestra, la de cada uno, hemos hecho algo en servicio de la comunidad. Mi maestro ha recordado muchas veces el mote de un escudo castellano que desearía convertir en tema de sus afanes : « Importa vivir la vida de tal suerte que quede vida en la muerte ». Y para alentarme en mi trabajo me ha recitado con frecuencia un pensamiento de Machado, su poeta favorito :

Lleva el que deja
Y deja el que ha llevado

Sánchez-Albornoz con sus obras y sus enseñanzas nos ha dejado ya el ejemplo de su honestidad científica. No de todos se puede decir otro tanto.

HILDA GRASSOTTI.

APÉNDICE

EL REVERSO DE « ESPAÑA, UN ENIGMA HISTÓRICO »

1. ¡ El juego de fuerzas que ha ido haciendo y rehaciendo la historia !
¡ Formación de la conciencia histórica de una comunidad nacional ! Son temas que merecen dos libros (I, p. 49).
2. El estudioso que se propusiera examinar el tema de las relaciones entre la tierra y el hombre en España tendría ante él un amplísimo repertorio de cuestiones. Apenas puedo esbozarlas aquí (I, p. 75).
3. Algún día habrá de escribirse la historia del hambre en España. Gran tema para un estudioso (I, p. 84).
4. No es fácil, pero no es imposible, estudiar esa serie de choques y contactos humanos y culturales que llenaron los milenios anteriores a la historia hispana, ni lo es registrar los frutos de tales simbiosis y antibiosis — lo haré al estudiar los orígenes de la nación española (I, p. 101).
5. Pero conocemos muy mal en verdad la subestructura de la historia hispano-romana y no es posible precisar al por menor los rastros de la simbiosis de lo romano y lo hispánico. Sólo serán establecidos con nitidez cuando surja un auténtico historiador de la España antigua (I, p. 117).
6. A veces me asalta la sospecha de si el contraste entre la abundante y prolífica devoción legislativa de los peninsulares — consecuencia de su vivaz espíritu jurídico — y su desdén por el cumplimiento de la ley, no tendrá hundidas algunas de sus raíces en la temprana resistencia opuesta por los altivos españoles a la legislación de sus señores,... El tema es muy complejo y se enlaza con la postura del español frente al Estado,... (I, p. 121).
7. La inquisición de ese hispanismo temperamental de Séneca, Lucano, Marcial, Prudencio, Trajano^o Teodosio requiere un libro... Será preciso, por ejemplo, registrar con celo extremo lo que diferencie a Séneca de los estoicos anteriores a él, a Lucano de los poetas épicos griegos y latinos, a Marcial de los poetas satíricos de Roma, a Prudencio de los líricos cristianos de sus días ; en función de los rasgos temperamentales que han caracterizado después, en tiempos diversos, a aquellos españoles que cultivaron los mismos géneros literarios de Séneca, Lucano, Marcial o Prudencio (I, p. 126).
8. Están por estudiar despaciosamente los rastros de la diversidad racial e histórica de españoles y orientales en la cultura y en la vida hispanomusulmana y no soy yo tan osado como para intentar aquí tal estudio (I, p. 147).
10. Un estudio detenido de la vida española anteislámica y de la postislámica permitiría sacar a luz la perduración de mucho mayor número de ideas, de sentimientos, de inclinaciones y de prácticas de raíz hispana pura en la compleja y mestiza España islamita (I, p. 156).
11. Ante sus ideas juveniles (de Ibn Hazm) ... ¿ puede concluirse que su imagen de Dios, del mundo, del hombre y de la vida estaba transida de

hispanismo o para decir mejor de occidentalidad? Coincidía con ella la de los musulmanes orientales sus contemporáneos? Vuelvo a escribir: No sé (I, p. 168).

12. Nadie ha negado y nadie puede negar que la presencia del Islam en la Península ha dejado huellas claras en el lenguaje y en las costumbres españolas. Es difícil fijar la profundidad de tales huellas (I, pp. 191-192).

13 ... no pocas de las cortesías que se emplean todavía en España y en tierras de moros pueden tener origen mediterráneo muy remoto o pueden haber cruzado el Estrecho con los musulmanes y cristianos españoles que, saturados de hispanismo temperamental, pasaron muchas veces a África, desde la Revolución del Arrabal del 817 hasta el fin de la historia hispano-islámica; estas emigraciones, a las que Castro no ha aludido siquiera, merecen un libro (I, p. 195).

14. Está por estudiar el problema de los límites del realismo o del idealismo activo de los peninsulares, o para decir mejor de los diversos pueblos que han convergido en la unidad hispánica. Porque no es igual en todos ellos la fórmula de equilibrio entre los dos realismos, y a veces me asalta la sospecha de que una acentuación del realismo expresivo va acompañada de una mengua del realismo volitivo y a la inversa. Es tema — uno más — de los que están esperando una investigación madura en el campo de nuestra historia. Como lo es el de la cronología de los cambios que han experimentado en el correr del tiempo esa o esas fórmulas algebraicas de equilibrio entre los dos tipos de realismo. En algún momento parecen haber coincidido los dos pleamares: del idealismo en la conducta colectiva y del colectivo artístico realismo. Pero no siempre han subido por igual las dos mareas (I, p. 219).

15. Castro ha descuidado esos dos aspectos esenciales de la vida española: lo rudo y lo popular. Está por hacer la historia de ambas fuerzas decisivas en el acuñar de lo hispano (I, p. 230).

16. Otro tema lleno de sugerencias para conocer al *homo hispanus*, es el que sirve de rúbrica a estas páginas [*El sentimiento de la tierra entre los peninsulares*]. Merece un libro (I, p. 234).

17. La historia de esos desplazamientos migratorios de los peninsulares durante la Edad Media podría llenar un libro tan extenso como *España en su historia* y como este mío. Algún día habrá de ser escrito (I, p. 238).

18. Muchos arqueólogos e historiadores han estudiado los dioses de los españoles primitivos, la religión hispano-romana, los primeros pasos del cristianismo en la Península, la historia de la Iglesia bajo el señorío de los godos ... nadie ha inquirido hasta ahora con detención la sensibilidad religiosa de los peninsulares anteriores al Islam. Constituye aún problema digno de una monografía el examen de sus peculiares ideas sobre las relaciones del hombre con la divinidad, a través de tan largo período de tiempo (I, p. 241).

19. Y cuando por más de un siglo se aletargó la tradicional empresa bélica contra el enemigo musulmán — he escrito se aletargó, y no se inte-

rumpió, porque fueron frecuentes las bárbaras correrías fronterizas cuya sangrienta historia de dos siglos habrá un día de escribirse, y porque no fueron raras las campañas contra Granada durante el señorío de los Trastámaras —, el viejo ímpetu... (I, pp. 260-261).

20. Y no sé si empezaron los cristianos a invocar a Santiago a imitación del grito « Mahoma » de los moros o a la inversa. Para poder decidirme me sería preciso investigar las fechas en que aparecieron las dos exclamaciones; el grito islámico no le he hallado atestiguado en las más viejas fuentes hispano-musulmanas (I, p. 286).

21. No conocemos todavía bien las relaciones del español con Dios a través de la Edad Media (I, p. 302).

22. Y llego a sospechar que a ese volcarse a su favor de las mercedes de los reyes nuevos y de los nobles de su época, acaso contribuyó la postura que tal vez adoptaron en apoyo de don Pedro el Cruel, junto al pueblo menudo cuya espiritualidad dirigían, las viejas órdenes de dominicos y franciscanos. Si mi sospecha fuera cierta — es preciso contrastarla con la documentación de la época — se explicaría por duplicado el rápido enriquecimiento de los jerónimos... (I, p. 342).

23. No los poseemos [testimonios] acerca de la auténtica postura de los laicos frente a la clerecía en esa época [temprana Edad Media] (I, p. 359).

24. Algunos de los sucesos referidos en prueba de la enemiga popular hacia la clerecía me han suscitado un inquietante duda sobre las limitaciones del fervor religioso de los peninsulares o a lo menos sobre lo complejo y contradictorio de su religiosidad. Como cada uno de los temas de este asomarse a la incógnita histórica de España, éste requiere una investigación detenida digna de un libro (I, p. 371).

25. El habla vulgar se inundó, yo no sé desde cuándo, pero cabe suponer que desde muy pronto, de frases sacrílegas, impías o poco edificantes que las gentes devotas y piadosas han repetido a través de los siglos y siguen repitiendo todavía (I, p. 374).

26. ¿Cómo avenir todos estos baches en el fervor religioso de los hispanos con las mil y una pruebas contrarias de la firme fe, la aguda devoción, la exaltación piadosa, la alucinación milagrera, la teocéntrica cosmovisión del mundo, el centrar de la vida en las relaciones del hombre con Dios, de los hispanos? No sé... ¿Contraste entre el agro y la ciudad? ¿Diferencias regionales? ¿Rudeza y orgullo? ¿Singulares proyecciones temperamentales? Vuelvo a decir, no sé. Hoy, al cruzar la Sierra, es decir, la cordillera central de España, se advierte un claro descenso de religiosa devoción entre los hombres del Duero y del Tajo ¿Fue siempre así? ¿Existieron otros desniveles parejos? Abundan las pruebas de la devota religiosidad de los gremios ¿Rimaba con la de los menestrales que los integraban? La vida rural al enfrentar muy de cerca al campesino con el párroco, y sin el contrapeso de una cierta cultura, mella con frecuencia el fervor piadoso de los rústicos. ¿Ocurría antaño igual?

El orgullo del aristócrata y la rudeza del capitán llevan aún hoy a veces a la impiedad. ¿Sucedió otrora lo mismo? Otra vez problemas que no me es posible resolver. Que habrán de ser investigados en el mañana (I, pp. 375-376).

27. Y cabe hacer un postrer alegato contra la supuesta antigüedad de los villancicos. Quienes durante los siglos XII y XIII, en tierras castellanas se sintieron torturados por una vivacísima sensibilidad lírica escribieron en gallego. Nadie ha intentado aclararnos la misteriosa adopción de una lengua que no era la de un pueblo imperial, política o culturalmente, por los poetas de una Castilla con una tradición lírica remota; por poetas hijos de un pueblo cuyos villancicos populares tuvieran a la sazón larga y vigorosa historia (I, p. 423).

28. Aunque de orígenes históricos dispares y de dispar historia hay entre Castilla y Cataluña algo más que «el hilillo escondido» con que la copla andaluza ata a los amantes enojados. Algún día habrán de escribirse las vidas paralelas de los dos pueblos (I, p. 439).

29. El tipo de casa andaluza, no pocas características arquitectónicas urbanas, los terceros y terceras, la pederastia, el eunuquismo, la magia, los baños, las raheces maneras de expresarse, las salaces y a veces malolientes frases literarias y muchas prácticas, costumbres, usos, ideas, formas artísticas, vicios y virtudes de la España islamita constituyen un legado, hasta ahora apenas estudiado, de la vida antigua (I, p. 474).

30. En verdad la hiperbólica teoría de Castro ha enturbiado la fuente cristalina en que hubiéramos podido descubrir el arroyuelo de lo hispanomusulmán que pudo fertilizar el huertecillo del Arcipreste. Y hoy no sabemos qué zonas de la persona y de la obra de Juan Ruiz fueron iluminadas por el sol de Levante. ¿Lo sabremos algún día? Castro puede develar el enigma (I, p. 529).

31. Que estas páginas mías sirvan de espolnazo a romanistas y arabistas para enfrentarse otra vez con Juan Ruiz, sin olvidar las singularidades de la Edad Media española y particularmente de la castellana, pero sin desfigurarlas con fantasmagóricas, mágicas imitaciones de lo arábigo oriental, y sin desdeñar la detenida auscultación del hombre mismo que fue el Arcipreste. Una última sugestión quiero hacerles. Me inclino a creer que la ironía de Juan Ruiz ha sido muy dejada de lado como faz esencial del «Buen Amor». Nadie ha pensado, por ejemplo, en relacionarla con un primer relampaguear del espíritu burgués en la Castilla del trescientos. Y sin embargo me parece seguro que Juan Ruiz inició ese cambio en la sensibilidad literaria castellana y creo que la consideración de su obra a la luz de ese relámpago ayudará a comprenderla (I, pp. 529-530).

32. Habría además que explicar el porqué de esa sencillez y sobriedad hispanas; ... Pregunto al maestro [Menéndez Pidal] me pregunto a mí mismo y pregunto a todos, si a la inversa la sencillez y sobriedad de las letras y del arte hispánicos no seran resultado de su popularismo (I, p. 601).

33. Y la milenaria vinculación entre poder, riqueza y servicio influyó

decisivamente en el cuajar de otra algebraica ecuación de la historia española : la que llevó a un singular desequilibrio emotivo y vital entre libertad, igualdad y señorío en la estimativa de los peninsulares ; ecuación en que la apetencia de libertad se entreveró con la devoción apasionada por la igualdad antijerárquica. Quede para otra ocasión el estudio de esa postrera consecuencia de la falta de feudalismo y de burguesía en la Edad Media hispana (I, p. 703).

34. Algún día se escribirán muchas páginas sobre los frutos de bendición y maldición que ha dado el hispano sentimiento emulatorio ; sin él serían, por ejemplo, inexplicables muchas de nuestras hazañas en América y muchos de nuestros fracasos (I, p. 716).

35. Un estudio detenido de la toponimia de toda la zona comprendidas entre el Duero y la cordillera cántabro-astur forzaría a las mismas conclusiones (repoblación leonesa se cumplió sobre territorio yermo) (II, p. 25).

36. Cuando ya me rondaba el deseo de escudriñar el enigma histórico de España escribí algunas páginas sobre el epígrafe con que encabezo éstas (sensibilidad política del pueblo castellano). No he tenido vagar desde entonces para convertir en un libro — el tema lo merece — mi sucinta exposición de ayer. Me sigue pareciendo exacta (II, p. 74).

37. La angustia fiscal de los soberanos de Castilla merece un libro. Al estudiar el problema hebreo en España aludiré a ella (II, p. 151).

38. Las ideas fiscales y económicas de las cortes merecen una monografía. Sin esfuerzo cabe destacar en ellas un creciente interés por tales cuestiones, una visión nada torpe de las fallas de nuestra economía y un frecuente acierto en la sugerencia de remedios (II, p. 153).

39. La mesocracia castellana — clase minoritaria cuya historia, llena de sorpresas, está por hacer — clamó en vano en 1438 como venía clamando desde hacía décadas y siguió clamando décadas después (II, p. 159).

40. Se han estudiado las gloriosas jornadas que llevaron a Aragón hasta Valencia y Mallorca y a Castilla hasta Murcia y Sevilla ; nadie se ha parado a calcular las inmensas sumas que costaron esas campañas iniciadas con la batalla de las Navas de Tolosa (II, p. 185).

41. ¿ Miseria ? ¿ Lujo ? ¿ Protección regia ? Está por hacer la historia de la miseria de los peninsulares durante la Edad Media. Cuando se estudie el régimen dietético de las masas populares causará asombro cómo pudieron sobrellevar el hambre crónica (II, p. 188).

42. Que yo sepa no existe un estudio científico sobre la administración de la hacienda pública en Castilla. Es tema que requiere una monografía (II, p. 212).

43. El día que se examinen al por menor los daños que en todas las actividades a su alcance — desde el espionaje a la financiación de empresas militares — hicieron a España (los judíos expulsados) en momentos dramáticos y decisivos de su historia moderna, y se registre su persistencia en la violenta hostilidad hacia lo hispánico a través de los siglos. — algo sabemos ya sobre

tales daños y sobre tal hostilidad, pero es tema que merece un libro — se comprenderá con qué razón he hablado de cuentas saldadas (II, p. 297).

44. La historia económica de Castilla durante el reinado de los Reyes Católicos está esperando al investigador que se decida a consagrarle una investigación cuidadosa y ceñida (II, p. 300).

45. Como en todas las instituciones que los hombres crean y gobiernan, también en la sombría Inquisición influyeron las personalidades que la rigieron. Está por hacer la historia de esa influencia. En muchos procesos inquisitoriales fueron decisivos rencores o emulaciones. Recordemos el del arzobispo Carranza (Lám. 146, frente a II, p. 321).

46. No se ha hecho aún un cálculo exacto de los ingentes gastos de la política de Felipe II (II, p. 334).

47. Esos ejemplos pueden multiplicarse sin esfuerzo a lo largo de las puntuales páginas de Henry Lapeyre, *Simón Ruiz et les asientos de Philippe II*, y podrán completarse hasta trazar un cuadro exhaustivo de lo que costaron las campañas de Flandes, cuando la nueva generación de historiadores de la España Moderna se decida a investigar detenidamente el tema (II, p. 335).

48. Tengo por seguro que una investigación exhaustiva en las fuentes narrativas, literarias, jurídicas y documentales permitiría alinear otros numerosos testimonios de ese espíritu nuevo (burgés del siglo xvi) que descubren los alegados (II, p. 346).

49. Está por hacer desapasionadamente la historia de las relaciones entre los diversos miembros de la Confederación (catalano-aragonesa) (II, p. 441).

50. No soy el primero en lanzar la idea de la acción vasconizante castellana. Menéndez Pidal al estudiar los *Orígenes del español* defendió ya la teoría de que Castilla había metido una cuña vasca en Hispania. Aludía al castellano, claro está. Creo que cabe ampliar su tesis de lo lingüístico a lo social y a lo vital; el tema merece un libro (II, p. 446).

51 ... pero esa pluralidad de estados [españoles en la Edad Media], ¿ implicaba una idéntica diferenciación de las comunidades humanas que vivían dentro de sus fronteras? La respuesta a esta pregunta requiere una investigación, que está por realizar; no puedo acometerla aquí, exige un libro (II, p. 462).

52. No puedo seguir la pista de cómo sentían a España en Portugal y en Cataluña en vísperas de la unión de Aragón y de Castilla con el matrimonio de los Reyes Católicos. Esa indagación permitiría comprobar si, como ha dicho Ortega y Gasset, sólo cabezas castellanas han concebido la idea de la España integral (II, p. 470).

53. Podrían escribirse muchas páginas, y las escribiré si me fuerzan a ello, sobre la unidad de contextura vital de todos los peninsulares de hoy (II, p. 486).

54. Podía no existir ciencia y técnica en España a fines del siglo xix y haber los españoles poseído ciencia y técnica en otras etapas de su historia.

No soy capaz de abordar el tema con rigor histórico. Toca a los historiadores españoles de la ciencia dictaminar sobre la naturaleza, importancia, cuantía y duración de movimiento científico y de las creaciones técnicas de la etapa inicial de nuestra Modernidad (II, p. 492).

55. Cuando se estudien al pormenor — es tema digno de un gran historiador hispano — las consecuencias apenas entrevistas del descubrimiento y la conquista española de América — sin la conquista, la proyección histórica de nuestra empresa habría quedado trunca —, cualesquiera que sean los nombres excelsos o las magnas creaciones culturales que pueda presentar cada uno de los pueblos de Occidente, no podrán hacer sombra a la aportación de España a la historia europea (II, 500).

56. Está por hacer la historia de las plazas mayores de las ciudades españolas. ¿Cuándo empezaron a construirse? ¿Constituyeron el centro de la vieja urbe o surgieron en el solar del mercado, a la puerta del núcleo inicial de la puebla? (Lám. 172; II, p. 529).

57. No tengo por dudoso que la atenta investigación de las actas de las cortes de Castilla y de los otros textos narrativos, jurídicos y documentales de la tardía Edad Media permitiría comprobar la realidad de la clara antipatía con que las masas castellano-leonesas acogían a los extranjeros y a lo extranjero en general (II, p. 610). Y una pareja investigación en las fuentes históricas de la Corona Aragonesa no arrojaría resultados diferentes (II, p. 611).

58. Está por hacer la rigurosa investigación de su influencia (de España) en el pensamiento europeo de la época — una falla más de conocimiento de nuestro pasado que deben salvar las jóvenes generaciones de historiadores españoles. Pero que nadie se atreva a negarla; remito a las páginas en que he estudiado las creaciones espirituales de los españoles (II, p. 616).

59. Brindo a quien se decida a escribir un libro sobre « Felipe II y la opinión pública española de su tiempo » — uno más de los que he sugerido en estas páginas a las jóvenes generaciones de estudiosos hispanos — un dato significativo de la hostilidad que hacia él sintieron gentes no contagiadas de heterodoxia. Aludo a las palabras de Quevedo. En un pasaje de *Los sueños* que la censura no dejó publicar, presenta al infierno lleno de inquisidores y sitúa en él a Felipe (II, p. 663).

60. Algún día habré de investigar las causas de ese errado enjuiciamiento de nuestro ayer por el más eximio pensador de la España moderna [Ortega y Gasset] (II, p. 680).